

EL GLOBO Y EL TELÉFONO

En cierta ocasión una niña jugando con un globo; era de noche, y ella no se había dado cuenta que se le había acabado el día, cuando al rato llegó la brisa y el globo se voló. La niña se quedó mirando hacia el firmamento observando cómo se desaparecía el globo y no decía nada de sentir el frío que la acariciaba.

Quiso llorar, pero el viento la detenía con las caricias y besos que le daba, esto hasta escuchar los gritos de sus padres que estaban preocupados porque no llegaba. De repente el globo se estrelló con un teléfono. Este teléfono estaba muy dañado; miraba para todas partes, cuando de repente se encontró con el globo y se pusieron a dialogar sobre la situación de los dos.

El globo le contó que a él le decían "bomba", que él no le hacía daño a nadie. Lo único que hacía era distraer a niños y niñas, porque era de colores y de caucho que se estira hasta ya no poder más. Los dos se miraban asombrados y sin contener palabras donde hubiese discusión, pero no encontraron.

El teléfono le contó que a él la gente le decía "chismoso", que había personas que no lo respetaban y lo utilizaban para meter a otros en problemas, ni a mí tampoco me gusta contestó muy serio el aparato.

Entre diálogo y diálogo, el teléfono le pidió al globo que le dijera al aire que lo ayudara a volar. En esos momentos hizo un ventarrón muy fuerte y el globo se reventó. Fue tan grande el susto que hasta el viento se fue.

De repente apareció un barrilete mirando muy asustado por el ruido que oyó, al no sentir el viento ¡Pum...! Se impresionó y no sabía para que lado agarrar. El viento le advirtió que no era ningún accidente y el barrilete de inmediato quedó tranquilo sin preocupar al niño que lo elevaba. Miraba al teléfono cómo lloraba, no le vio pañuelo y le brindó uno para que se limpiara, fuera de eso, lo vio como un niño perdido, al ver que no podía tener amigos raros como el globo y lo consoló con un abrazo.

Pero pensándolo bien, cierto día la niña le dijo a su papá:

- ¡ Papi! Quiero que me compre otro globo y ojalá tenga pepitas por dentro, para que el teléfono tenga un amigo y no lllore más, me tiene preocupada y a mi mamá.

Con el tiempo los dos tuvieron una amistad sincera, en esos instantes el aire acariciaba los cabellos largos de la niña, le parecía que era la piola del barrilete. Al niño le pareció que el aire se estaba equivocando de hilo, miraba el globo con gran asombro de ver el barrilete aplaudiendo con el aire. El globo bailaba con mucha alegría con las pepitas por dentro y no se reventaba, quiso hacer una apuesta con el barrilete..

El teléfono muy contento le dijo al globo: - quiero conseguir otro amigo, pero diferente a nosotros, además que le guste el viento para podernos ayudar mutuamente.

El teléfono llamó a la mariposa y al otro día la mariposa se volvió de papel. A los pocos días apareció un duende, éste buscó a otro amigo para que lo acompañara siempre y en todos los quehaceres. Pero el duende no veía a nadie y se puso muy triste. Cogió al teléfono y le dijo:

- ¿Tú sabes hablar?
- ¡Sí! Respondió el teléfono, y desde ese instante fueron muy buenos amigos, a pesar que el teléfono seguía detrás porque continuaba dañado.

A los pocos minutos le preguntó a su amigo el globo por el duende y en esos momentos le respondió el duende:

- Yo había visto un globo igualito a tí, pero sin pepitas, lloré cuando se murió. A demás le voy a contar cómo fue el entierro de ese globo. Fuimos el viento, el aire y yo a una montaña donde había muchas mariposas de colores, jugamos a las escondidas y reímos mucho, estaban los padres de la niña, ella se entretuvo contando los pedacitos de globo y cada pedacito corría y le entregaba al duende una flor. Nos sorprendimos cuando una se volvió de papel. La cogimos y le escribimos este verso:

Mariposa tan hermosa,
Tú que besas tantas flores
Ven y me regalas tu perfume
Para no morir jamás.

Es más, tú me avisas cuando se me vaya acabando la vida. No puedo llorar, no se qué me pasó, que del susto tan grande me reventé. Le agradezco el entierro a ustedes, porque sigo viviendo como mariposa de papel. A pesar que la naturaleza, me tiene abandonada.

El teléfono en esos instantes se arregló y llamó a la niña, para que jugaran con la niña y la mariposa de papel.

El duende se puso feliz cuando habló por primera vez por teléfono con la niña, pero ella gritó llamando a sus padres:

- ¡Papí... mamá... el teléfono se arregló. Ellos se desmayaron y la niña no se dio cuenta. Ella cogió el teléfono y se quedó hablando con el duende:

- tú estás lindo y te agradezco que me hayas presentado en persona y no sigas hablando de la mariposa de papel, porque el duende es el que nos cuida.

De repente nació una flor en la montaña donde enterraron al globo que se convirtió en papel. Esa flor se llama Sietecueros, que para nosotros significa los siete días de la semana. Lunes y Mates, estuvieron muy perezosos, tanto que la flor de Sietecueros les llamó la atención y los demás días se portaron bien, estuvieron con tan buen ánimo que cayeron cansados de tanto jugar..

La flor se Sietecueros reunió al globo, el duende, la mariposa, la niña, el barrilote y los días de la semana, los llevó a un bosque, donde el teléfono estaba lejos, llamó todos los días y en ese espacio estuvieron felices para siempre.

7 de agosto de 2004

Este cuento fue hecho por el niño Kevin Eduardo Santos Amaya, de seis años; Yan David Santos Amaya, de nueve años y la niña María Amparo Amaya Alarcón, de 56 años. Este cuento es inédito.

MI HIJA ES BOBA

Una mañana me caí de la cama, el reloj hacía su tic, tac... lo escuché un rato. Me quedé dormida nuevamente y al despertar toqué a mi hija; estaba al rincón de la cama dónde la dejé; me dolía el codo de la mano izquierda, lo sobé con saliva y miré de mal genio a mi hija, ella se dio cuenta y se bajó y se escondió debajo de la cama.

Matilde no despertó, estaba debajo de la cama, castigada en el rincón porque me empujó. Durmió todo el día allí, antes de que se enfadara la toqué, creí que tenía fiebre, pero no. Ella siguió debajo de la cama; contemplé un rato los animales, en especial a Blanco, el oso a quien más consentía; cogí a Toni, mi mico titi y le di un beso; al león no lo miré, le tenía miedo, miré al guau, guau, estaba encima de la cama dormido, pero sin Matilde. Al poco tiempo vi en mi cuarto un ciempiés vivo y caminando por la pared hacia arriba; vio una arañita, lo observé un rato y no sé qué pasó, a lo que mire al perro, este desapareció, pero fue en menos de un segundo que yo baje la vista; creo que el ciempiés se comió la arañita, porque no la volví a ver. De repente recordé a Matilde, la busque por todas partes, menos debajo de la cama, no recordé que la tenía castigada allí.

Pasó el tiempo, llego el medio día y a la una de la tarde, mamá Teresa me llamó a tomarme la sopa; la mire, estaba caliente, le vi el vapor que tenía y salía por la ventana... sin que mamá se diera cuenta, de cunclillas me fui hacia la ventana; vi que mi papá estaba en la calle con mi tía Lala conversando; yo quería saber de qué hablaban, pero tuve miedo de caerme.

De pronto mamá dio un grito muy fuerte ¡Aaayyy...! Casi se cae porque se resbaló con un papel que voté; yo me asusté; salí corriendo y me senté en la cama; quería decir: ¡No quiero sopa! Se me notaba el mal genio; además quería que todos los de la familia buscáramos a Matilde; mi desespero era grande, no sabía qué decir: - yo los miraba, me dio pena decirles, no sé dónde está ella.

El sol se asomaba por la ventana, me acusaba porque no tenía a Matilde y mi mamá no sabía... suspiraba inquieta y me seguí tomando la sopa, la leche la dejé encima de

la mesa, pensaba dársela a los animales de mi zoológico para que no se adelgazaran, pero mi pensamiento lo tenía torturado en Matilde.

Mamá y papá se dieron un beso, yo los mire y quise que me dieran uno a mi, me vieron preocupada, claro que no me dijeron nada... Mirándolos seguía pensando en Matilde, quería gritar y no podía; no sé que me pasaba, fui nuevamente a mi cuarto, miré el lugar de mis juguetes y me faltaba ella.

Miré la ventana, vi otra vez el sol y asustada le dije: - ¡ No, no me mires así, yo te quiero verdad, , no te miento! Le ruego, no le cuentes a mis padres que Matilde se fue y no sé con quién.

Me encerré en mi cuarto, me recosté en mi cama, miré mi alrededor, lloré un rato y me quedé dormida. Soñé que a Matilde se la llevó un tigre para la selva, me dijo que la quería para decirle al Rey León que le ayudara a cuidar la selva, pues no era capaz con la obligación, por eso vivía a toda hora furioso. El tigre se la entregó al Rey León y él al montó en su lomo, la llevó a conocer el palacio, al entrar a una cueva, encontró a su señora con un gato, no dijo nada, en ese instante el Rey León, se fue llorando y pensando en devorarla. Votó a Matilde y dijo: - prefiero mi soledad. Al rato el tigre lleva a Matilde cargada y nunca creyó que ella le hablara.

Mi madre abrió la puerta de mi cuarto y en ese instante desperté, la miré, pero no le hablé de estar pensando en Matilde.

Ya se había ido el sol y la luna estaba silenciosa, también me miraba por la ventana; no le presté atención¹ porque volvía mirar la pared y no vi el ciempiés; sentí miedo, pero mucho miedo, me agarré las manos y me tapé la cara... Recordé que mamá me había dicho que muy pronto tendría un hermanito; no me gustó la noticia porque ya ella no me iba a alzar. Miré mis pies, no me sabía los números , pero me pareció que conté los pasos hasta llegar a la cocina, cogí mi tetero, me lo tomé silenciosa, volví a mi cuarto, destendí la cama, sacudí las cobijas como mi mamá lo hacía, volví a tenderla y al coger la almohada vi a Matilde; no me atreví a cogerla porque el ciempiés se la estaba comiendo y sin embargo entí un poquito de alegría.

Muy contenta salí de mi cuarto, abracé a mi madre que se encontraba en la cocina refregando los platos; ella me dijo:

- ¡ Laura! Ten cuidado, que el bebé está por nacer...
- ¡Pero mamááá...! A Matilde se la está comiendo un ciempiés. Muy triste y pensativa me fui porque ella no me prestó atención; caminé un poco por el pasillo, esperé a mi tía Lala frente a la puerta de entrada, muy afligida me encontraba y tenía mis ojos con un poquito de agua, la esperaba ansiosa... Ella llegó a las siete de la noche, no veía la hora de ir dónde Matilde; muy apurada agarré a mi tía de la mano y le conté lo sucedido; ella fue conmigo y sacó a Matilde del cuarto porque yo no quise entrar.

Al tenerla en mis brazos muy emocionada la miraba, la arrullé un poquito, la miré por todos lados y grité:

- ¡El ciempiés se comió un pedacito de oreja! Yo se la sobé con saliva. Mi tía Lala que me estaba mirando dijo:

- ¡Laura! No vas a llorar, yo le compró unos aretes para que Matilde no se traumicé;
- ¡Hay bueno, tía Lala! Pero le haremos una fiesta, porque el ciempiés la dejó viva.

Mi tía Lala habló con mis padres, sobre la situación de Matilde y yo. Ellos aceptaron, le hicieron una fiesta muy buena, desde el domingo, que se alargó hasta el lunes festivo. Matilde no se dio cuenta porque era de trapo y Laura la disfrutó porque estuvo cumpliendo cinco años.

5 de marzo de 1994

Este cuento fue hecho, porque trabajé por días en casas de familia y en un apartamento del barrio la Candelaria la vieja, ví una niña que llamaba a su muñeca Matilde. Fuera del nombre la castigaba y le daba de comer.

ENTRE BRINCOS Y LETRAS

¡ Que pereza, suena el despertador! Son las nueve y media de la mañana. Mi mamá me dijo anoche que mi papá hoy iba a trabajar en la rusa y que le iban a pagar muy bien...

¿Será que me como ese cuento? Claro que él bebe y yo estudio por la tarde. Además, mamá me dejó dicho que arreglara la ropa y la casa. Tengo pereza, voy a dormir otro ratito y a las diez me levanto. Hoy no tengo que hacer almuerzo, quedó mucha comida y eso alcanza para hoy. Además me dejaron sola, sin el bebé, mi hermano se fue a trabajar con mi mamá como vendedor ambulante, para poder pagar arriendo, se deben tres meses; creo que les va bien; dijeron que llegaban a las once él también está estudiando.

Son las diez de la mañana, es la madrugada de mi cuarto, pensó Alberto en la calle, lo tengo muy desordenado, pero antes de salir para la escuela lo voy a arreglar, mi mamá dijo que nos íbamos temprano para que pueda hacer mis tareas, no quiero pelear con mi hermana. Claro que tampoco voy a preocupar por arreglar, mi mamá le dijo a ella que no hace caso, mi mamá es muy compasiva, lo pensó antes de llegar.

Qué tormento, dijo Paula, estoy viendo que mi hermano que es muy orgulloso porque mi mamá lo lleva a trabajar con ella y está que llena el bolso con gritos, con sopa, seco, café, jugo y una que otra monedita que encontró regada en la casa, porque no barrí, fui muy tonta.

Al ver a mamá disgustada porque creía que íbamos a llegar tarde a la escuela, me asusté, porque además no encontró hecho el oficio que le puso a mi hermana; salí al hormiguero de mis distancias y mis direcciones, me apuraba y apuraba a mi hermanita, mamá jamás se da cuenta cómo nos vamos... El muchacho se rascaba la cabeza y grita:

- Pero no alcancé a lustrar los zapatos ¡Mamááá...!

- tranquilo, mijo no se preocupe.

-

Pues al salir dije: - tampoco había betún. Porque se había quedado en la tienda sin saludar y con ojos de negrito despeinado, eso si me mira los pies y a los otros niños que pasaban igual que yo.

Salgo como erizo de la casa de mis padres y sin esperar a mi hermana, porque ella se demora mucho arreglándose, se baña, se mira al espejo y se hecha limón en medio de los brazos, que para no oler a chucha. Y con el diminuto lápiz que me acompaña, que si tenía punta, me chuza y si no, se queja para que en vez de onces compre un sacapuntas. Creo que el lápiz no entiende lo que me dictan, porque me ayuda a escribir muchos errores de ortografía.

Al entrar al salón recordé que un día regañé al lápiz y el cuaderno como mago me observó al verme brincar donde mi compañero; creo, no estoy seguro, que era un río de descuido que rodaba a mi cuerpo suelto, vestido con uniforme y mi mente... ¿Qué? Me di cuenta que las nubes se desplazaban divertidísimas a presenciar un silbido de alguno del grupo y en el salón se oía el eco del silbido.

Al ver el bufón del profesor que gritó: - ¡Silencio muchachos! Hacía ojitos de picardía, y me daba cuenta con frecuencia que siempre daba el mismo grito... de un momento a otro daba él tres palmadas para callarnos a todos y, de repente sonaba un timbre y a jugar; miraba el patio y echaba de menos la tierra y las piedritas para echarme en los bolsillos y así jugar mejor con mis compañeros.

Las flores colgadas en el patio bailan silenciosas perfumando los brincos de la hora de descanso ¡Que alivio! Así me olvidaba de la pena de no haber traído a mi hermana a la escuela y me voy a jugar a las escondidas, ella no me encuentra de verme dar vueltas. De la plata que gané trabajando con mamá, no le doy para las onces, porque ella me da muy poquito, dizque \$ 500,00 para los dos, y al oír el timbre para volver a entrar a clase, con una mansa palabra que me decía el profesor ¡Obedezca! Obedecía, que era el trabajo que más me agradecía el pequeño lápiz... y con orgullo me aplaudía.

De repente llega otro profesor, sin saber qué iba a decir, alzaba la mano para preguntar y como la mano no se veía porque tenía el codo encima del pupitre, la retiraba silencioso y nervioso. Y así no quedaba mal. Nos llevaba a la biblioteca y los libros bailaban para que los leyéramos.

Al mirar el lindo cabello de mi compañera que estaba delante, le halaba los moñitos y ella gritaba:

- ¡Chino hideputa, déjeme quieta!

Se llena mi cara de miradas, el profesor de ver lo grosera que es mi compañera Yury, no pregunta qué había pasado. En ese instante, me puse más serio que el sacapuntas y Yury a la salida le da quejas a su hermano.

A la salida de la escuela, nos agarramos a puños los dos. El hermano Yury, se creía muy forzudo y mi amigo Jorge le puso un ojo colombino. Yury y yo gritamos duro, luego salimos a correr " como alma que lleva el diablo", a avisarle a nuestras madres. Al llegar a la casa me encontré con este problema: - mi mamá me castigó sin dejarme ver televisión, pero como hice las tareas rápido, ella me perdonó.

Miré a mi hermana de mal genio y le dije: - ahora por sapa no le voy a ayudar a hacer las tareas , a pesar de ser chiquita Paula, ella me miraba mal. Me voy a jugar fútbol y llegaré tarde, no le diga a mamá dónde estoy y mañana le doy plata. Al entrar me encontraba con mi papá que estaba borracho, mi mamá se ponía a regañarlo. De inmediato pasaba al cuarto calladito y veía a mi hermanita roncando.

De repente mi papá se quedaba dormido y ninguno de los dos se enteraban de las tareas que nos dejaban, por eso me tocó ser vendedor ambulante.

16 de octubre de 1999

BOTELLA DEL MAR

No hace mucho tiempo una "botella Ambar" se encontraba en un mostrador muy contenta, bailaba, reía, pero cierto día ella muy impresionada miraba una caja de cartón vacía que le dijo:

- A ti, te van a meter aquí dentro de poco, mirando el mostrador, porque me llevan para una fábrica de botellas. Me va a llevar una vieja greñuda, me recogió en un potrero en Bogotá. Al llegar la caja de cartón a Santa Marta, las botellas que estaban allí la miraban y además veían el piso brillante como ellas que estaban contentas. Se miraban afanadas de su resplandor. De repente las botellas no supieron qué se hizo la señora; tampoco supieron la historia de la caja de cartón y disgustadas miraban a "Ambar". Las botellas hicieron fila, además eran todas igualitas, parecía que hubiesen llegado en una granizada que no se derretía.

Las botellas se pusieron a dialogar sobre la caja de cartón y de la señora greñuda ella en Santa Marta vio un gato negro encaramado en un árbol y quería su historia. Las botellas miraban, querían su historia. Miraban de mal genio a la caja de cartón de saber que se fue la dama que le ayudó y no se supo cómo. La caja de cartón estaba contenta de saber que iba a ser utilizada por muchas botellas. No sabía si reír o salir corriendo de ese espacio tan brillante que por vez primera vio. De un momento a otro la caja de cartón hecho a temblar; ella no supo por qué. Se desesperó, miraba las botellas y una ventana de un edificio que vio abierta y el viento muy serio la sacudió. Salió volando como un barquillo de papel y cayó al mar que no la dejó llorar.

De pronto una de las botellas apareció llena de ron portuano y en manos de un borracho que tenía un acordeón. "Ambar" miraba al borracho que se tomaba el ron y

se tamborleaba para lado y lado. "Ambar" creyó que la había sentado en el asiento a descansar; pero no fue así. Con la mano la sacudió y la botella se desportilló. Ella lloró de haber visto su granizo... El borracho no se fijó. "Ambar que era una botella rota se dio cuenta, volvió la vista al mar y la votó cantando: ¡"Hay hombre"! Al poco tiempo se quedó dormido y ni la brisa lo despertó.

Al pasar la noche, pero era bien de noche, "Ambar" estaba cansada de beber agua salada; se acercó con brusquedad a la Estrella de Mar; muy tierna la miraba, pero "Ambar" la cortó. La Estrella de Mar muy disgustada le dijo:

- ¿Por qué me cortó? ¡Mire cómo me dejó!

- Pero "Ambar" le contestó: ¡"Hay hombre"!

Pasaron un poco de peces dormidos, hacía un frío horrible; la luna iluminaba a "Ambar" con un resplandor fino y el firmamento sacudía las estrellas que se estremecían, por poco es sacada la Estrella de Mar. "Ambar" se apenó, siguió su camino sin saber a dónde iba... En el camino lloraba su condena, en un rincón de un poco de algas marinas pudo descansar, a pesar de lo verde que ya se encontraba. Se quedó dormida un buen rato, pero al despertar pensó: ¿Será que aquí hay Caballito de Mar? Voy a buscarlo, quiero que me saque de aquí. Se fue muy nerviosa; temblaba del frío y no sabía por qué.

En medio de su intranquilidad, cuando ya iba llegando el amanecer "Ambar", se encontró con el personaje que quería. Muy contenta se le acercó, pero no se dio cuenta en que segundo lo encontró y lo cortó. Escuchaba que las algas marinas se movían con mucha brusquedad, pero no las veía de verse igual; creyó que eran plantas invisibles, cuando de repente vio al Caballito de Mar, salió de muy adentro y

agitado por fuertes corrientes; muy conmovida "Ambar" echó a correr, hasta que lo alcanzó y le dijo:

- ¡Caballito, Caballito, sácame de aquí! Estoy perdida...

- Cómo quiere Botella asquerosa que te saque si me cortaste mi colita ¿No te das cuenta que estoy sangrando?

- ¡Hayyy... Caballito, no me di cuenta! ¿Me perdona y me saca de aquí?

- ¡No, dile a otro animal que sea más grande, no sea descarada, mira cómo me dejó, sin colita.

- Y "Ambar" le contestó: ¡Hay hombre!

"Ambar" caminaba y caminaba, veía muchos animales pequeños, le pareció que ellos no eran capaces de sacarla de allí, procuraba esconderse, pero no podía. A los pocos días de estar andando y con gran desespero, se encontró con un Cangrejo muy grande que llevaba abrazada a una Caracola. La Caracola le tenía pavor al Cangrejo porque se la comía. Le suplicaba que la dejara ir porque iba ser castigada por su madre; en esos momentos sin acordarse de "Ambar" que estaba rota, contaba los pasos y le dijo al cangrejo:

- ¿Me permite una palabra? Corría como un avestruz, mas sin embargo el Cangrejo no alcanzó a decirle nada... De inmediato el Cangrejo echó a sangrar, "Ambar" quería esconderse detrás de la Caracola, pero el Cangrejo le dijo:

- tenga cuidado, estoy herido y no quiero que te pase algo a ti Caracola de mis amores. "Ambar" sintió un poco de vergüenza, de ver que el Cangrejo caminaba cojo y le dijo: ¡"Hay hombre"! Y comenzó a llorar.

La Caracola miraba de saber que dentro del mar no se veía llorar y "Ambar", fuera de estar herida, cortaba a los demás... procuraba quedarse atrás, pero la brisa la hacía andar.

“Ambar” llegó a una ciudad de corales, vio muchos pesecillos que se alimentaban en ella. Miraba para todos lados, procuraba no moverse, un gran pez Espada la empujó y la comunidad que había se estremeció. Al rato el pez Espada le llamó la atención de esta manera:

- ¡Usted qué hace en nuestras aguas, además me cortó y mi espada no se puede reponer! “Ambar” que no encontraba salida ni ayuda, más afanada que nunca le contestó: ¡ “Hay Hombre”! El pez Espada que se encontraba en esa ciudad le dijo aquí también sabemos cantar y escúchame:

En cascadas y rocas me he nutrido

“apuntando por las colinas puras”

las piedras que aquí ves, son flor o agujas

que forma el agua en el mar que vez.

Muy prudente “Ambar” quiso aplaudir, pero se distrajo de ver una langosta que se estaba comiendo un pez muerto y no sabía qué hacer; la miraba con rígido refugio para que no se fuera a acercar. “Ambar” le miraba los dientes y se retiraba de oír sus alaridos porque se le estaba cayendo un pedazo de caparazón, creo que no le cabía ni un pedazo de pez más. Le vio las amebas, fue tanto el susto que salió a correr porque ella no entendía, esa grave enfermedad.

“Ambar” se puso a pensar: cualquiera puede tener una enfermedad, yo no la quiero tener porque cómo salgo de aquí, ya llevo varios días y no me he derretido ¿Qué será?. O soy muy dura para morir. Miraba con terror para todos lados, cuando vio hacía abajo vio unas flores hermosas que se comían unos peces, y más nerviosa se puso, salió corriendo para que las flores no se dieran cuenta que ella hería a todos “sin querer queriendo”. De repente se dio cuenta que esa planta le mostró el estómago, se

dijo muy asfixiada; se parece al guante del borracho que me tiró al mar, cuando va a tierra fría. De repente "Ambar", ve cuando el guante se levantó, no sabía qué hacer y gritó tan duro: ¡Hayyy...! Despertó a un poco de babosas que se desplazaron por los corales a desayunar. Allí encontraron un poco de cartón que las llevó a muchas partes, fue un número sorprendente que se alimentó de cartón. Tres se metieron en la botella a dialogar qué hacía este pedazo de ser inmóvil dentro del mar. "Ambar" de oír lo que dijeron las contó: una, do, y tre. Al correr de lado a lado, se golpearon tan duro que poco a poco quisieron salir y salieron cortadas y con hambre. Las babosas de verse así la cogieron a golpes, pero "Ambar" cada vez se hundía más y no decía nada para no ser maltratada más de lo que estaba. Las babosas llamaron a un Caracol para que se enfrentara con "Ambar", pero su madre se lo impidió, porque escucho a "Ambar" que dijo: ¡ Hay hombre!

"Ambar" creyó que el agua que ella llevaba se había vuelto sangre, estaba demasiado caliente que por poco se revienta sin haber comido nada y la sal le pesaba. La botella con fervor miraba hacia el firmamento y demás partes del mar los peces de colores, le parecía que se había metido el arco iris dentro del mar; brincó varias veces, esto le pareció un juego, pero al momento se dio cuenta que solo dio vueltas y revueltas; se admiró al ver un poco de peces de colores en tan extraordinario espacio tan grande y parecidos al arco iris. No sé cómo me voy a defender en estas grandes aguas. Al rato "Ambar" dio una nueva vuelta, miraba las púas de un Erizo y le daba escalofrío. Procuraba no moverse, recordando y sintiendo que el viento la movía... Era tanta la impresión que tenía que volvía a dar vueltas alrededor del Erizo, pero de tanto mirarlo, se dio cuenta que el Erizo guardaba sus púas para poder dormir sin que nadie lo molestara. Quiso "Ambar" verle los ojos, pero no fue posible del sueño tan hermoso que tenía, el viento se lo respetaba y las aguas del mar también.

De repente se encontró con el Pulpo, no se dio cuenta "Ambar" que ese animal tan grande era el guante que había visto días atrás; le pareció que los ojos se le iban a salir y le pidió al viento que la quitara de ay. Con gran alivio "Ambar" que estaba bochinche sonrió y el Cangrejo la asustó, de ver que una Morza se le arrimó y se lo empezó a merendar y "Ambar" pudo volver a cantar: ¡Hay hombre! En esos momentos hubo una tormenta fuerte y "Ambar" salió del mar.

5 de junio de 2004

MIS MUÑECAS

Un día lluvioso e intranquilo, el padre de aquellas muñecas se encontraba agotado, no reía como de costumbre; iba recorriendo que de niño sólo había conocido reformatorios... Caminaba por las cuadras de su barrio en Bogotá. La gente escampaba al pie de las casas para que no les cayera el agua de las tejas. La misma gente lo miraba con inquietud al verlo desarreglado y a pesar de no ofender a nadie, el agua que caía le seguía los pasos... Pensaba si quizás tuviese primos y dos hermanos, que jamás los volvió a ver ni por comentarios de conocidos. Iba distraído con un poco de mercado, lo llevaba en una bolsa de plástico que le dio la señora que lo atendió en la plaza, además pensando cómo iba a ser cuando tuviera sesenta años. A ratos escuchaba fuerte el sonido de los radios que sonaban en las vecindades. En esos instantes recordó que paseaba solo por ciudades y campos de Colombia, sin encontrar ayuda de nada ni de nadie. Durante varios momentos se espantó y dijo: - Me gustó mucho que me llamasen por sobrenombres como este: "Tarzán" Todo porque era de pelo color amarillo y largo. Siempre pensé que me decían así por picardía y no por simpatía.

En esos momentos escuchó carcajadas infantiles y sus ojos recayeron en sus hijas que se encontraban en la calle jugando con el agua que caía. Al mirarlas, recordó su primer sobrenombre: "El hombre lobo". Me lo colocó un sargento del "Amparo de Niños" en Piedecuesta, Santander todo por llevar el pelo color oro y lleno de bucles, a la edad de once años; acariciados por el sol y las lluvias colombianas, maltratadas por los truenos y la gente.

"Tarzán" observó un árbol de cerezo en un pequeño potrero del barrio Egipto, allí había tres chicos tirando palos y piedra para que cayeran las cerezas. Con alegría y simpatía miraba las muñecas que no prestaban atención a los chicos. "Tarzán", las veía de cabellos negros y largos; ellas jugaban alegremente con tierra, piedras pequeñas y arrancando pasto para echarle a las latas de gaseosa que recogían por la calle; además se la pasaban contándolas, porque cada día recogían más y más... Para él eran tres doncellas de reglas simpatía. Durante varios momentos las muñecas sintieron que les caían las cerezas en sus cabezas cuando de repente una de ellas oyó una voz extraña que gritó: - "No le quiten la piel a la tierra", que se seca el agua. La

mayor echó a correr “como alma que lleva el diablo”. Las otras dos seguían distraídas dentro de veinticinco latas de gaseosa,, las tenían llenas de todos los implementos nombrados. Llenas de carcajadas y más sucias que un cerdo, y además mojadas como un helado las muchachas echaron de menos a su hermana mayor, al escuchar al padre pues era la hora de comer. En esos momentos olvidaron lo que habían hecho, temblaban del frío y abrazando a “Tarzán”, miraban los chicos encaramados en el árbol de cerezo. Se fueron con él, contentas a su habitación alquilada; allí encontraban caricias de la cama y las cobijas, después del almuerzo.

En aquella habitación y en la casa no podían jugar y mirándose la una a la otra, le pusieron nombre a su único juguete que más querían. La mayor llamó a su muñeca “Ballena”; sonaron carcajadas, porque ella era gorda y no tan alta. Ella acariciaba su juguete y procuraba darle de comer; hasta que su otra hermana le dijo:

- Mi muñeca no se queda quieta ni dormida, la llamaré “Pirujita”. Las caras de las otras dos resaltaron y quedaron más quietas que la cama, sin saber qué pensar. Mirándose la una a la otra, las dos gritaron:
- Nosotras también bailamos, cantamos y brincamos cómo su muñeca y le hacían muecas. De inmediato salió de su habitación y comenzó a llorar, el padre la miraba, pero no la consolaba.

Al rato, la tercera que se había sentado en un rincón, acariciando su muñeca le dijo a Pirujita con un poco de temor:

- La mía se llamará “Fosforito” y lo voy a prender para que Pirujita no se muera del miedo a ni se vaya a quemar porque yo soy muy fuerte, miren....

“Tarzán” la regañó y le quitó la caja de fósforos de su mano. Temblando retrocedió a la cama y se quedó dormida al pie de Ballena, ella la acariciaba, pero no sabía cómo consolarla, porque su padre estaba observándola.

De repente vuelve la calma con risas de “Tarzán” que llega con café con leche y pan tieso, les resonaba la dentadura y unas migas de pan caía al piso que se acababa de barrer y “Tarzán” no se disgustaba, porque ellas lo tenían entretenido. “Fosforito” pensaba, llama a Ballena, ella estaba dormida, pero pensativa porque la entendía a la hora de hacer las tareas.

“Tarzán” miraba y no decía nada, estaba pensativo por lo de los sobrenombres, pero los aceptaba. Mira a las niñas con inquietud y olvida la responsabilidad que tenía de colaborarles y guiarlas para sus tareas.

Ballena no tenía uñas, porque la mamá se las quitaba con las muelas, en especial cuando la regañaban por no hacer el oficio cuando le correspondía. Ella miraba su muñeca, de pelo color rojizo, jamás la peinaba y le arrancaba el cabello para que llorara como ella; como no lo hacía caso, la tiraba en un rincón del cuartucho donde dormía con sus padres y hermanas, hasta que su padre la sacaba a escobazos preguntando:

- ¿De quién es esta niña? Si no me contestan, la boto a la basura.
- ¡Mía, mía..! Contestaba Ballena y pensando: mi padre me va a pegar; temblaba del miedo, miraba asombrada a su padre sin contestar palabra. “Tarzán” preocupado por la madre que no llegaba, le acariciaba la locura y le daba un poquito de ternura con un abrazo. En esos momentos “Tarzán” pensaba:
- Hoy me hallo en uno de esos momentos de fantasía mental que se me apodera de mi propio ser. Levemente desde la cama, examinaba los cuerpos y los confusos cuadernos, miraban las manos y los lápices haciendo fila, para ser utilizados por las muñecas. Ellas se dedicaban a escribir números y letras que le mandaba la profesora de la escuela Quinta Díaz. Además Ballena era gorda, con una quietud desesperante... Cada que salía a la calle, ella miraba el barrio que se encontraba lleno de niños y niñas, por donde se imponía el maltrato callejero de sus padres y la ley... “Como una mística nota musical” transcurrían los primeros años de escuela, por las calles, se encontraban ratones muertos que la gente cogía con trampas debajo de las camas en las casas de inquilinato, que sus dueños jamás son fumigaban. Muchas personas les echaban nectalina con salsa de tomate, pedazos de papa y pan tieso y así morían.

Ballena apenas veía los ratones por la calle, saltaba pegando gritos muy fuertes. Su hermana Pirulita los cogía con la mano y los metía en cajas de bocadillos beleños que llevaba su mamá de vez en cuando. Mantenía las manos llenas de mezquinos y no se daba cuenta que era por los ratones muertos. Los dejaba debajo de la cama y se olvidaba, hasta que su padre barría y los sacaba a escobazos renegando de las travesuras de Pirulita, no se estaba quieta ni dormida. Los muchachos del barrio la

admiraban y la invitaban a jugar con ellos, hasta que ella producía escalofríos, y un ardiente temor la hacía llegar tarde a la habitación alquilada.

Fosforito, que no era malgeniada, se la pasaba sola pensando cómo iba a hacer sus tareas, porque no quería que Pirulita le ganara, jugaba a contar de tres en tres hasta cien. Soñaba ser secretaria y por la fecha de exámenes se olvidaba. Muchas veces se sentaba en el rincón de la habitación a llorar y no había ser humano que la consolara... En un profundo silencio, una vez que llegó Ballena de repente, le explicó que se encontraba triste, por culpa de Pirulita y ella al oír esto se fue a llorar al pie del lavadero; allí la dueña de la casa la bañó, en esos instantes su padre la encontró y por poco la mete dentro de la alberca. Ella gritando cómo lo hacía Fosforito, salió corriendo a su habitación y asustó a Ballena que se encontraba haciendo sus tareas, ella quería ser presidente de la república. Se le dañó el cuaderno, con rabia lo rompió y su padre la castigó sin darle cariñitos (dulces).

Después de una tormentosa tarde, llena de conflictos, fría, sin poder salir a la calle, porque caían truenos, la lectura germinaba por las orillas de la mente de todas tres, comprobando la esperanza de vivir en un tiempo poco duro. Para "Tarzán" era duro y esquivo el calor de hogar, donde no conoció jamás la visita de abuelos, primos, ni tíos.

Libres y en las garras de la inquietud, ellas veían la ciudad en un período largo y la confusión de atención, no podía comprender este trozo de papel que encontró Ballena con el puño y letra de Ranchada.

Iba un mocho por el río Atrato,
Le dio tanto susto del calor del gato que llevaba.
El mocho abrazado de sus muletas,
Se quejó un rato así: ¡ aaayyy...!
Porque un ratón lo mordió cuando estaba nadando.

Fosforito admirada, se miraba las manos, pero quedaba inquieta, al entrar nuevamente a la cama de su habitación. Se miraban las dos, Ballena asombrada y pensando que tenía de tarea algo sobre el río Atrato, llevó a clase el escrito de Ranchuda y listó. Ballena, Pirulita y Fosforito, no sabían por qué le crecía tanto la barriga a Ranchuda, le decían allá viene ese barril sin fondo. "Tarzán" jamás escuchó, si no se sale de los

chiros viejos. Al salir a la calle "Tarzán" quería que los prados le dijeran qué tanto es lo que se debe querer la familia, pero no era así.

Ranchuda un día que despertó con mil dolores, no se sabía cual de todos era el que la iba alentar, se fue caminando con un piano (caja de lustrar) que no tocaba música, se sentó al pie de la calle 10 con 10 a quitar polvos ajenos de los zapatos viejos. Al rato llegó "Tarzán" y la encontró quejándose, la llevó a un hospital, allí la regañaron por no ir a control médico, tuvo una muñeca muy pequeñita, al verla "Tarzán, le colocó de nombre Boronita, sus compañeritas le decían pan tieso y ella lloraba porque no llegaba "Tarzán" a llevarla a estudiar alzada, se tiraba al piso y por eso Ranchuda la castigaba sin helado de cinco sabores que escondía la perra de la tienda de la cuadra que no la quería y la hacía correr para que se mantuviera en algo ocupada.

MI ÚLTIMO PASEO

En cierta ocasión iba caminando para el aeropuerto de Bogotá, llevaba en el bolsillo del pantalón de dril, dulces de menta para el mal aliento, y una caja de chicles en esos instantes vi el carro de mi hermano, quise que me llevara, pero siguió con gran velocidad pues no me vio en el camino. Suspiré inquieta y recordé que mis padres tenían el carro dañado y mi esposo estaba trabajando con el suyo.

Al llegar al aeropuerto mi hermano me vio, quién sabe en qué pensaba que me dejó sola y no me dirigió palabra alguna; yo no tenía ni un solo libro en qué entretenerme, de repente en la sala de espera se me arrimó un niño de aproximadamente ocho años, con el cabello sucio, él me miraba, yo también, el niño tenía el vestido limpio, me dijo:

- ¡Señorita! ¿A usted le gustaría hacerse cargo de mí?
- ¡Nooo...! No joven, yo no puedo
- ¿Me regala una moneda?
- No tengo plata, niño.

El muchacho iba de puesto en puesto pidiendo plata a la gente, una camarera que lo vio le dijo:

- ¡Niño! Por favor sálgase

El niño se fue con suma humildad, además me dio lástima del niño, pensé rápido, a mí sí me gustaría hacerme cargo del niño, pero me tocaría hablar con mi esposo. El niño se ve un chico muy vivo, que pesar, ya se fue, de pronto no lo vuelvo a ver porque la azafata lo sacó, menos mal que no lo gritó y el niño obedeció.

Al rato llegó un guitarrista y me dijo:

- ¡Señorita! ¿Quiere que le cante una canción?
- ¡No! No, gracias...

Esto se lo dije con mucha arrogancia y el muchacho quedó disgustado, como sería que me dijo:

- ¡Señorita! Deje de ser tan petulante.

Esa palabra no la había oído, además no la entendí. En ese momento le pedí el favor a una azafata de prestarme un diccionario, para buscar la palabra petulante; ella me dijo en tono serio, - vaya a la sala de enseguida, allá es la biblioteca señorita,

- ¡Cómo se le ocurre si dentro de diez minutos sale el avión, para irme a pasear a San Andrés y es por primera vez que voy.

La azafata empezó a llamar a los que salíamos a las doce y media del día para ir a San Andrés. En el puesto del avión me tocó con un señor que comía galletas con mermelada, me dio a mí unas, yo llevaba mentas y también le daba.

El avión me pareció como un bus por dentro, lo único especial que le vi fueron las correas, además no me dio miedo estar dentro del avión. Por la ventana miraba las grandes rocas y la niebla, a ratos me parecía que estaba en el Páramo de las Papas. Al llegar a San Andrés, el señor me dijo:

- ¡Señorita! ¿Le gustaría que yo fuera su novio?
- ¡ No, no señor! Le contesté con voz miedosa. Perdona, pero soy casada y no demora en llegar mi marido. Señor, lo que pasó fue esto:
- Yo me vine primero que él, porque él no había acabado el trabajo que tenía que entregar hoy mismo.

Nos quedamos mirándonos un rato, yo no supe qué decir, en esos momentos tenía miedo que llegara mi esposo y me viera con él; yo ya estaba en la Isla, temblaba de los nervios, y pensando decía: - mi esposo es muy celoso y si me llega a ver con este señor me ultraja y no me gusta que lo haga, menos delante de la gente. Mirando al señor, yo no sabía cómo decirle que se fuera y me dejara sola. A mi esposo le tengo miedo, es muy brusco conmigo y los empleados que trabajan con él, miraba asombrada para todas partes.

Ya llevaba un cuarto de hora en la Isla, me encontraba muy intranquila con ese señor, estábamos tomando agua de coco, yo tenía mucha sed y eso era lo que más vendían.

Por el ruido de los barcos, no escuché el ruido del avión y no me di cuenta a qué horas llegó mi marido, me cogió de sorpresa, me dio un beso y me preguntó:

- ¿Quién es él?
- Mijo, no se, nos conocimos en el avión. Nos quedamos mirándonos y él me preguntó:
- ¿No te ha propuesto nada?

- No ¡Verdad, mijo! Hasta ahora me parece un señor muy respetuoso. En esos momentos a pesar de estar en clima caliente sentí un intenso frío. Le contesté con miedo, no encontraba palabras para decir, los miraba a los dos, el señor se quedó en la mesa tranquilo, mi esposo le brindó aguardiente, ellos tomaban por copaditas y yo tomaba agua de coco. Ni siquiera nos identificamos, claro que yo seguía mirando al señor, mi esposo se dio cuenta, con una mirada me llamó la atención, yo no quería que divulgara lo que estaba sucediendo entre los tres.

Al poco rato de estar tomando trago, los tres vimos un cangrejo muy grande, caminaba sobre la arena, quise salir corriendo, pero me controlé, sin entender el miedo que tenía.

El sol era resplandeciente, yo me puse a observar el cielo y el mar, a ratos miraba con miedo el cangrejo, lo peor del cuento fue que lo vimos esconderse bajo la arena, en esos momentos el señor le dijo a mi esposo:

- ¡Perdón! Me voy, ni él contestó ni yo tampoco, lo vimos alejarse lentamente y los dos lo mirábamos, mi esposo pagó la cuenta y me dijo:
- ¿Qué le pasa con el señor que conoció en el avión?
- No, nada, ¿Por qué? Deja los celos porque así nos toca separarnos
- ¿Y si es capaz de dejarme?
- Claro que no, pero no me gusta que cada que se arrima un hombre me cele así, si yo quiero ser fiel lo soy con usted y sin usted.

Después de esta discusión me dijo:

- ¡Mija! Nos vamos a demorar tres días, porque aquí las cosas son más caras que en Bogotá, parece que Bogotá fuera la productora de todo, allá la vida es más barata, no se si es por que vive mucha gente y poco hay de verde, allá todo se ve gris.

En esos tres días, yo salía del agua con la piel arrugada, pues no estaba acostumbrada a estar tanto tiempo en el agua y me asusté. De inmediato me imaginé mi vejez.

El último día nos quedamos un cuarto de hora más, y en un instante yo me equivoqué dentro del agua y abracé a otro señor, de inmediato él me dio una gran palmada en la cara, al rato me pidió excusas, pero yo no quería comer lo que él compró; era pescado frito y patacones, en el disgusto fue para yo pensaba, quiero quedarme, que pereza,

los celos lo tienen así. Me acordé de mis padres, además ellos nunca me pegaron, menos en la cara. Con el mal genio que teníamos los dos, a pesar de todo, nos comimos el pescado y nos tomamos dos cervezas cada uno, yo seguía de mal genio y no lo quería mirar. Antes de la hora para irnos a Bogotá, él sacó una lancha alquilada, montamos más de una hora, yo pensaba mirando el agua, me quiero quedar aprendiendo a pescar, me parece un trabajo muy bonito, le hacía mala cara a mi esposo, de saber que me ultrajaba mucho. Y se nos hizo tarde la hora de llegar al aeropuerto de San Andrés Islas.

Los Isleños me parecieron simpáticos y educados, dejaban el espacio para los turistas y ellos se iban a sus quehaceres.

Al llegar a Bogotá, llamé a mi hermano, sin que mi esposo se diera cuenta y le dije:

- Lléveme a la casa donde mi mamá, me siento muy triste. Él muy preocupado fue a recogerme al aeropuerto a recogerme y mi esposo y mi hermano se agarraron; yo me quedé asustada sentada, no sabía cómo solucionar el problema, porque mis padres no me tocaron nunca. Al rato de acabar la discusión entre mi esposo y mi hermano, pegué un grito muy duro ¡Aaa...yyy...! Porque sentí el cangrejo cerca de mí, todavía no había ocurrido nada, ni tampoco había oscurecido, yo lloraba, la gente me miraba y quería preguntar. En esos momentos yo estaba pensando en el señor que conocí en el avión.

No sé qué me pasaba, pero no sentía los pies, no podía caminar, me miraba los pies, y al momento sentía el cangrejo. De un momento a otro miré a mi hermano y con gran agilidad salté hasta donde estaba él.

Yo no entendía que estaba pasando ni qué estaba sucediendo, además no podía llorar, estaba aterrada y asustada; mi hermano delante de mi esposo me dijo:

- Ven niña, a casa de mamá, allá todavía está tu cuarto y tu cama, como tú lo dejaste, a nosotros no nos gusta mirar ese cuarto, está como tú lo dejaste y no nos gusta verle la soledad.

Algo pasó por mi mente, no sé si era el recuerdo del señor que conocí en el avión, o era el cangrejo, yo escuchaba algo que me decía: niña, vuelve a San Andrés. Yo no

entendía qué me estaba sucediendo, claro que tenía una intranquilidad algo extraña. Mi hermano le dio un fuerte sacudón a mi esposo y le dijo:

- ¡Ola! Mi hermana está enferma. Al decir esto mi hermano, me sentía más tranquila. Yo me la llevo para la casa, él agachó la cabeza, ni él ni yo entendíamos lo que estaba sucediendo, yo daba vuelta y mi hermano me observaba, y dijo esto está muy extraño.

Al llegar a donde mamá, me sentí más tranquila, ella me preparó un agua de hiervas para que calmara los nervios. Mi papá llegó a la hora de estar yo allí, ya mi tranquilidad era otra, papá se sentó al lado mío, me acaricio y me dijo:

- Dentro de tres días le doy plata para que vuelva a San Andrés, busque al señor que conoció en el avión y se separa de su esposo: ya la religión no es religión... A estas palabras le puse atención, cuando de pronto escucho a mi papá que dijo: - ¡Mija! Yo soy casado por la iglesia, pero yo a mi señora la quiero mucho, por eso no la trato mal y le doy también gusto en lo que puedo.

Los tres días de descanso que tuve donde mis padres, fueron de mucha tranquilidad. Mi padre me dio la plata que le pedí y me mandó a San Andrés, pero con mi hermano. Allí en la mesa que estuve con mi esposo, estaba el señor que conocí en el avión, tenía una sarta de pescado y un racimo de plátanos, él estaba tomando agua de coco con hielo. Yo paseaba por la playa con mi hermano, pero miraba hacia la mesa donde él estaba. Mi hermano no se daba cuenta qué miraba yo. Le dije a mi hermano, yo me quiero sentar en la mesa donde está ese señor solo.

- Bueno, como quiera hermanita, en esos momentos éramos tres, otra vez. Él me miraba, yo también, allí al cuarto de hora le pregunté a mi hermano:
 - ¿Quiere que comamos pescado frito con patacones?
 - Si, niña, tengo hambre.

Cada uno comimos pescado frito y nos tomamos unas cervezas, mi hermano me abrazaba y miraba al señor. Recordé el cangrejo, no tuve miedo, ni tampoco apareció; lo que vimos fue una garza blanca muy bonita, la quise coger, pero ella voló.

Mi hermano entabló conversación con el señor, lo convidó a la casa de mis padres, le dio la dirección de Bogotá, para que llegara cuando quisiera, yo me sentía muy

contenta y quería que él viajara con nosotros, a los pocos minutos mi hermano me dijo al oído:

- Se acabó el dinero. El señor me dio un beso, a mi me llegó al alma, nos miramos alegres. Al día siguiente en el avión de diez y media de la mañana, viajaba también el señor, mi hermano lo llamó y le dijo:
- Sí usted de verdad quiere a mi hermanita, no la vaya a ultrajar, en la casa la queremos mucho, somos tres hermanos y ella es la única mujer, es la menor de todos, le decimos muñeca y la queremos más que a mi mamá.

En el avión un señor llevaba un frasco con cangrejos para negociarlos. Yo los miraba, recordaba a mi marido, pero en esos instantes no entendía, ni tampoco sabía qué decir.

Al llegar a Bogotá le dije a mi hermano, yo quiero ir a ver a Carlos, mi hermano me dijo:

- yo la acompaño, para que no te ultraje.

Lo encontré muerto y debajo de la cama un cangrejo. Al ver esto, pegué un grito siniestro ¡Aaa...yyyy...! Al momento vi mucha gente, yo no sabía qué pasaba y en ese instante sentí mi mente en desorden, no sabía si de alegría o de dolor, cuando paseábamos por la casa mi hermano, me llevaba de la mano. Yo me descontrolé, hablé duro, dije:

- Me salvé que dijeran que yo lo había matado.

Al bajar la escalera, para ir a llamar al médico y la policía, el cangrejo salió, cayó escaleras abajo y se despedazó. Yo casi me desmayo, pero mi hermano me tenía, era de la única manera que me sentía tranquila. Al llegar el médico a la casa de Carlos, sintió un escalofrío, no sabía qué decir, no se sentía capaz de examinar al muerto, yo me encontraba sentada en una silla, un niño que observaba dijo esto:

- Doctor, perdone que me meta: ¿Por qué no lo examina delante de ella? Al escuchar esto del niño, vi una mirada de comprensión y se pudo hacerlo. El médico dijo que murió de pena moral y volvió a darle trastorno.

Al llegar los amigos y familiares del muerto, no entendían lo que estaba pasando, en la fábrica donde trabajaba lo estimaban mucho, los familiares también, no se imaginaban por qué había sido así con la mujer.

Ella Carolina, al año se casó con Ismael, el señor que conoció en el avión, él era dueño de una fábrica de muebles en Bogotá, para Carolina la situación cambió y para sus familiares también.

15 de junio de 1995

Alma de la Calle
www.almadelacalle.es.mn

